Nicol Mariana Bejarano Quiroga



Porque *amar* duele

Cuando empiezas a pedir
el amor que antes te daban

Porque amar duele

Cuando empiezas a pedir el amor que antes te daban

Nicol Mariana Bejarano Quiroga

Novela breve de ficción
Primera edición · 2026

Clara y Jack son personajes ficticios. Esta historia sigue un noviazgo entre dos adultos, desde la cercanía de la conquista hasta el desgaste de una relación en la que las necesidades de ella dejan de encontrar respuesta.

La narración está inspirada en motivos emocionales presentes en testimonios públicos sobre distancia afectiva. No reproduce una vida particular ni presenta como verificadas las experiencias de personas anónimas. Las escenas, los diálogos y el desarrollo de los personajes son originales.

La nota final explica la investigación que acompañó la escritura y distingue esa inspiración de los acontecimientos inventados. La historia habla desde la experiencia de su protagonista, sin pretender describir a todas las mujeres ni a todos los hombres.

Para quien alguna vez
ensayó frente al espejo
cómo pedir un abrazo.

Para quien extrañó a alguien
mientras todavía estaba a su lado.

Y para la voz que siguió esperando
un lugar donde poder decir:
«Esto también me duele».

Una historia, antes y después

01 Conocí a Jack 5

02 Me hizo sitio 9

03 La vida tenía nuestra forma 13

04 El primer invierno 17

05 Todo había que pedirlo 21

06 La mujer que esperaba 25

07 Volver por unos días 29

08 La cuenta de lo pequeño 33

09 Te estoy hablando 37

10 La última noche 41

11 Lo que queda de mí 45

Epílogo · Una mesa para una 49

Sobre la historia y su investigación 50

CAPÍTULO 01

Conocí a Jack

Conocí a Jack un jueves de lluvia, cuando todavía podía salir de casa sin mirar el teléfono seis veces antes de cerrar la puerta.

Vera cumplía veintiocho años y había reservado una mesa en un café donde prestaban juegos. Yo llegué tarde, con el flequillo pegado a la frente y una bolsa de cartón protegiendo a medias su regalo. Jack estaba intentando explicar unas instrucciones que ninguno escuchaba. Al verme, apartó su chaqueta de la silla vacía.

-Aquí no se moja tanto -dijo.

No era una frase extraordinaria. La recuerdo porque después pasé meses buscando lugares donde no me doliera tanto.

Aquella noche yo tenía veintisiete años, trabajaba diseñando piezas para una imprenta y compartía apartamento con Vera. Me gustaba comprar cuadernos que luego tenía miedo de estropear escribiendo. Jack tenía veintinueve, instalaba sonido para eventos y llevaba una pequeña cicatriz debajo de la ceja. No había nada en él que anunciara el tamaño que tendría en mi vida.

Jugamos en el mismo equipo. Él se equivocó dos veces y me hizo reír de una manera que me quitó la preocupación por la ropa húmeda. Cuando llegaron las bebidas, me preguntó si quería cambiar mi chocolate porque habían olvidado hacerlo sin canela.

Yo lo había mencionado al sentarme. Pensé: me escuchó.

Entonces fue eso. Una cosa pequeña. Todavía no sabía cuánto podía enamorarme de una persona que recordara una cosa pequeña.

Al salir, la lluvia se había convertido en una llovizna fina. Jack se ofreció a acompañarme hasta donde pasaba mi bus. Le dije que no hacía falta.

-Lo sé. ¿Te molesta si voy?

La diferencia me gustó. No insistió en que la calle era peligrosa ni decidió que yo necesitaba ser rescatada. Caminó a mi lado bajo un paraguas demasiado estrecho. Su hombro derecho terminó más mojado que el mío.

Hablamos de trabajos que nos gustaban a ratos. Yo le conté que quería diseñar portadas y él que prefería las pruebas de sonido a los eventos: durante las pruebas todavía era posible corregirlo todo. Me preguntó qué libro habría querido diseñar. Pensé tanto que perdimos un bus.

-Ese no era el último, ¿cierto? -preguntó, mirando la esquina.

Nos reímos. Me mostró una foto del cableado que había organizado esa mañana como si fuera una pequeña obra de arte. Yo saqué del bolso la invitación que había hecho para Vera. Él la sostuvo con cuidado, por los bordes.

Cuando llegó el siguiente bus, me pidió el número. Lo hice esperar unos segundos mientras guardaba el paraguas que me prestó.

-Así tienes una razón para devolvérmelo.

-Puedo devolvértelo por Vera.

-También -dijo-. Pero me gustaría verte a ti.

En casa encontré un mensaje: «¿Llegaste?». Respondí que sí. Después apareció otro: «Todavía estoy pensando en tu portada». Me acosté con una sonrisa que no necesitaba justificar.

Nuestra primera cita fue en una librería de segunda mano. Jack llegó diez minutos antes y me mandó una foto de dos libros con títulos absurdos para preguntarme cuál debía comprar si quería impresionarme. Elegí el más feo. Él lo dejó en su sitio y confesó que solo había leído la contraportada.

Me gustó esa torpeza. Había conocido hombres que convertían cada conversación en una demostración. Jack pudo decir que no sabía.

Recorrimos los estantes sin tomarnos de la mano. Había algo hermoso en esa cercanía todavía incompleta: su brazo junto al mío, la atención que prestaba cuando yo hablaba, el cuidado de no adelantarse a lo que aún no habíamos decidido.

Encontré un poemario con una flor seca entre las páginas. Jack la miró como si fuera un objeto valioso.

-A alguien se le quedó aquí una tarde -dijo.

Compré el libro. Después tomamos café y le conté que mi mamá me llamaba los domingos para preguntarme si estaba comiendo bien. Él habló de su hermana, de una pelea antigua que habían reparado hacía poco. No presentó una vida perfecta. Yo tampoco.

Al despedirnos me preguntó si podía besarme. Dije que sí y sentí su mano tibia junto a mi cara. Fue un beso breve, suficiente para hacerme olvidar que estaba parada al lado de una caneca.

Esa noche abrí el poemario. La flor seguía allí. Me pareció que algunas cosas podían sobrevivir al tiempo si una persona las guardaba con cuidado.

No me enamoré en una sola noche. Me fui enamorando mientras Jack aparecía, una y otra vez, en situaciones que no parecían una conquista.

Cuando dije que tenía una entrega difícil, me llamó al día siguiente para preguntar cómo había salido. Cuando tardó en responder porque estaba trabajando, me lo explicó después sin que yo tuviera que hacer un interrogatorio. A veces se le olvidaban cosas. Podía llegar tarde y avisar. Podía estar cansado y decir que prefería vernos otro día. Yo no necesitaba que estuviera disponible siempre; me tranquilizaba saber dónde empezaba su distancia y cuándo volveríamos a encontrarnos.

Un martes me llevó una mandarina a la salida de la imprenta. Se había acordado de que yo almorzaba tarde cuando había mucho trabajo. No trajo un ramo ni una declaración enorme. Se quedó conmigo en un andén mientras yo la pelaba y le contaba una discusión con un cliente.

-¿Quieres que te diga qué haría yo o quieres desahogarte? -preguntó.

Elegí desahogarme. Él escuchó.

Más tarde pensé que esa pregunta había sido más íntima que el primer beso. Me ofrecía un lugar donde mi voz no tenía que llegar ya corregida.

Vera me encontró sonriendo frente al lavaplatos.

-¿Qué?

-Nada.

Pero no era nada. Era la sensación nueva de que podía querer a alguien sin convertirme en una persona distinta para gustarle.

CAPÍTULO 02

Me hizo sitio

La noche en que empezamos a ser novios, Jack quemó el arroz.

Había preparado una cena en su apartamento, un lugar pequeño con dos parlantes demasiado grandes y una mesa que cojeaba. Al abrir la olla apareció una costra oscura. Me miró con la seriedad de quien acaba de arruinar una ceremonia.

-Podemos pedir algo.

-Podemos comer lo de arriba.

Terminamos haciendo huevos y riéndonos mientras lavábamos la olla. A mí me parecía una cena preciosa. No por el desastre, sino por la facilidad con que podíamos atravesarlo juntos.

Después, sentados en el sofá, me dijo que no estaba saliendo con nadie más y que quería intentarlo conmigo. Preguntó qué esperaba yo de una relación. Contesté que honestidad y ganas de estar. No dije flores todas las semanas ni llamadas cada hora. Dije ganas de estar.

-Y poder hablar cuando algo se sienta raro -añadí.

-Dímelo -respondió-. No quiero que tengas que adivinar.

Guardé aquella frase con una confianza que entonces me parecía razonable. Jack no me estaba prometiendo que nunca discutiríamos. Me estaba ofreciendo una forma de encontrarnos cuando ocurriera.

Antes de irme me abrazó largo rato junto a la puerta. Yo podía sentir el movimiento de su respiración en mi mejilla. No tuve que preguntarle si estaba contento. Su cuerpo se quedaba conmigo.

En el bus escribí a Vera: «Ahora sí». Ella respondió con siete signos de admiración y una foto de la olla en la que estaba haciendo sopa.

Al segundo mes conocí a su hermana, Paula. Comimos en un restaurante de barrio y Jack estuvo pendiente de incluirme en las historias que ellos compartían. Cada vez que aparecía un nombre que yo no conocía, me explicaba quién era. No parecía una obligación. Me hacía sitio.

Paula me preguntó por mi trabajo. Yo iba a contestar lo de siempre, que hacía diseños para una imprenta, pero Jack intervino:

-Y está armando un portafolio de portadas. Tienes que verlo.

Me sorprendió la palabra «está». Yo todavía hablaba de ese proyecto como algo que haría algún día. Había dos bocetos en mi computador y una carpeta llena de referencias. Él lo recordaba como una parte real de mí.

Más tarde fuimos a mi casa. Vera había dejado una nota sobre la nevera: «No se coman mi postre». Jack la leyó en voz alta con solemnidad y me preguntó si siempre vivíamos bajo leyes tan severas.

Nos sentamos en el piso a mirar mis diseños. Eligió uno y quiso saber por qué había utilizado ese color. Le expliqué demasiado. Él no miró el teléfono.

Conservo de esa tarde una fotografía que tomó Vera al regresar. Yo estoy hablando con las manos; Jack me mira. Durante mucho tiempo creí que el amor era exactamente esa imagen: mi boca abierta y alguien interesado en lo que salía de ella.

Después, cuando empecé a medir mis palabras, volvía a esa foto para asegurarme de que la mujer que hablaba tanto también había sido querida.

Hubo un día en que discutimos por primera vez. Jack canceló una salida porque había aceptado un trabajo a última hora y me avisó cuando yo ya me estaba arreglando. Le dije que me había molestado. Él se defendió: necesitaba el dinero y no podía rechazar cada evento.

-No te estoy pidiendo que lo rechaces. Te estoy pidiendo que me avises antes.

Hablamos mal durante unos minutos. Yo levanté la voz. Él se quedó callado. Pensé que ahí empezaba el tipo de historia que había prometido evitar.

Pero al cabo de media hora llamó.

-Te contesté como si estuvieras atacando mi trabajo. No era eso lo que dijiste.

Me disculpé por haberle hablado con rabia. Reorganizamos la salida y acordamos avisarnos cuando cambiaran los planes. La siguiente vez que surgió un evento, me escribió antes de confirmarlo.

No lo consultó para pedirme permiso. Me contó para que yo pudiera organizar mi tiempo. Ese detalle fue importante. Yo aprendí que una discusión podía terminar en algo más que cansancio.

La confianza creció también allí: en una promesa pequeña que después tuvo una forma concreta. Por eso más adelante me costó tanto irme. Yo no estaba aferrada a una fantasía que hubiera inventado sola. Había conocido a un hombre capaz de escucharme, reconocer un error y cambiar una acción.

Cuando alguien me preguntaba por qué seguía esperando, no sabía cómo mostrarle aquel día. Me faltaba una manera de explicar que ya había visto funcionar la esperanza.

Una tarde tuve fiebre y cancelé nuestra cita. Jack preguntó si quería compañía. Le dije que sí, pero que no tenía fuerzas para ser una anfitriona agradable.

-Qué exigente el reglamento de tu casa.

Llegó con sopa, una bolsa de pan y un cargador porque yo había mencionado que el mío fallaba. Se sentó a mi lado mientras veíamos un programa que no le interesaba. Cuando me quedé dormida, bajó el volumen. Al despertar, encontré su mano descansando junto a la mía, sin apretarla.

No estuvo toda la noche. Tenía que trabajar temprano y yo necesitaba dormir. Antes de irse lavó su plato y preguntó si quería que le avisara a Vera, que estaba fuera. No intentó ocupar todos los lugares de mi vida. Hizo bien el suyo.

Al día siguiente me mandó un audio preguntando si había desayunado. Se oía el ruido de unos equipos detrás de su voz. Yo lo escuché dos veces por puro gusto.

En esos meses no confundía un mensaje con mi valor. Si tardaba, seguía con mi día. Podía salir con mis amigas, trabajar y olvidarme un rato del teléfono. El cariño tenía una continuidad que no requería vigilancia.

Esto es lo que a veces se olvida cuando una mujer cuenta cómo terminó suplicando: hubo un tiempo en que no suplicaba. Hubo un tiempo en que no estaba asustada. Yo conocía la tranquilidad. Por eso reconocí su ausencia, aunque tardara tanto en admitirla.

CAPÍTULO 03

La vida tenía nuestra forma

En junio hicimos nuestro primer viaje. Dos noches fuera de Bogotá, un hostal sencillo y una maleta pequeña en la que Jack metió más cables que ropa. Nos perdimos buscando un mirador y terminamos desayunando donde un señor que tenía gallinas detrás de la cocina.

Yo llevaba unos zapatos bonitos que me hicieron una ampolla. Jack no se burló de mi mala decisión. Cambiamos el recorrido y compramos unas sandalias baratas. Caminé el resto del día con medias y sandalias, convencida de que nadie podía sentirse deseada con esa combinación.

Él me tomó una foto.

-No la subas.

-No quiero subirla. Quiero tenerla.

Por la noche hablamos en la oscuridad del cuarto. El techo tenía una mancha que parecía un continente. Inventamos países, nos reímos y después cada uno contó algo que le daba miedo. Jack dijo que temía volverse una persona que solo trabajaba. Yo que a veces sentía que mi vida estaba esperando a que yo me atreviera a vivirla.

-Entonces hay que hacer cosas -dijo.

-¿Cuáles?

-Todavía no sé. Pero podemos ir averiguando.

No hablamos de bodas ni de hijos. Éramos novios, dos adultos aprendiendo a compartir tiempo sin entregar por completo sus vidas. A mí me bastaba aquella manera de incluirme en lo que todavía no sabía.

Al volver, guardé el recibo del desayuno entre las páginas del poemario. La flor seca quedó junto a una cuenta manchada de café.

Los domingos empezaron a tener una forma nuestra. A veces Jack venía a mi apartamento y cocinábamos mientras Vera salía. Otras veces yo iba al suyo y comprábamos lo necesario en una tienda de la esquina. Él elegía los tomates uno por uno. Yo le decía que jamás llegaríamos a almorzar a ese ritmo.

Había música, platos sin pareja y una planta que se inclinaba hacia la ventana. No vivíamos juntos. Yo tenía un cajón pequeño en su habitación y él un cepillo de dientes en mi baño. Esas dos cosas me parecían promesas suficientes.

Una vez compramos una taza azul en un mercado. Tenía una imperfección en el esmalte. Jack dijo que se parecía a mi manera de dibujar nubes. Me la regaló, pero quedó en su cocina porque yo siempre tomaba café allí los domingos.

Por esos días conseguí mi primer encargo de una portada. Él insistió en celebrarlo. Comimos pizza sobre cajas vacías, ya que estaba reorganizando el apartamento, y brindamos con agua. Me pidió que le mostrara el archivo antes de enviarlo.

-¿Qué sientes cuando lo miras? -preguntó.

Le dije que miedo.

-Yo veo algo que hiciste tú.

Pensé que el amor podía ser una persona prestándote su mirada durante un momento, hasta que tú aprendieras a sostener la tuya.

Esa noche no pude dormir de la emoción. Él me escribió: «Estoy orgulloso». Yo respondí con una foto de la taza.

No todo era fácil. A Jack le costaba organizar sus horarios. Yo necesitaba hacer planes con anticipación. Él prefería decidir algunas cosas el mismo día. Yo podía quedarme pensando demasiado en una frase; él, responder antes de entender la pregunta.

Aprendimos algunas maneras de cuidarnos. Si estaba agotado, me decía que necesitaba una noche solo. Yo intentaba no tomarlo como un rechazo. Si yo estaba molesta, procuraba explicarlo sin esperar que lo adivinara. Había días en que no lo conseguíamos.

Un sábado fui a una exposición con Vera y dejé el teléfono guardado. Al salir encontré una foto de Jack arreglando una repisa: «Tu taza ya tiene sitio». Me gustó que cada uno pudiera tener una tarde propia y después volver con algo que contar.

En una cena con amigos alguien dijo que al principio todas las parejas eran así. Jack me apretó la rodilla debajo de la mesa. Yo no respondí a la conversación. No creía que nuestra relación fuera inmune al tiempo. Solo creía que podríamos hablar cuando las cosas cambiaran.

Esa confianza fue más honda que el enamoramiento. El enamoramiento me hacía buscarlo. La confianza me permitía trabajar, dormir, reírme con otra gente y saber que al volver seguiríamos teniendo una conversación.

Durante esos meses amarlo no ocupaba toda mi atención. Era una parte hermosa de mi vida. Mi vida todavía tenía otras partes, y ninguna necesitaba pedirle permiso a las demás para existir.

A los seis meses volvimos al café donde nos habíamos conocido. Vera no estaba; tampoco el resto del grupo. La mesa parecía más pequeña sin ellos. Jack pidió un chocolate sin canela antes de que yo alcanzara a hacerlo.

-Te acuerdas -dije.

-Me gusta saber cosas tuyas.

Llevaba una camisa que yo había ayudado a elegir. Durante la cena habló de un proyecto grande para su empresa, de un posible ascenso. Yo le conté que quería reducir horas en la imprenta cuando tuviera suficientes encargos. Hicimos cuentas sobre una servilleta y terminamos usando otra porque la primera se mojó.

Al salir, me puso la chaqueta en los hombros. Caminamos hasta una esquina y allí, mientras esperábamos que cambiara el semáforo, me dijo que estaba muy bien conmigo.

No «te quiero» ni una promesa futura. «Estoy muy bien contigo». La frase parecía tener un suelo.

Esa noche escribí en mi cuaderno que el amor se parecía a descansar sin desaparecer. Lo cerré avergonzada de lo cursi que sonaba y después lo volví a abrir para poner la fecha.

Durante mucho tiempo esa página fue mi defensa. Si el presente me confundía, yo regresaba a ella. Allí estaban su chaqueta, el chocolate y una conversación que todavía incluía mis planes.

Yo no sabía que se podía usar un recuerdo de felicidad para explicar tantos meses de tristeza. No sabía que, más adelante, iba a llamar paciencia a la costumbre de vivir esperando otra vez aquella noche.

CAPÍTULO 04

El primer invierno

El cambio no comenzó con una frase cruel. Comenzó con un domingo que dejó de tener fecha.

Jack consiguió el ascenso en agosto. Había más eventos, más llamadas y un cansancio que le endurecía la cara. Yo estaba contenta por él. Le ayudé a revisar una presentación y aprendí los nombres de sus nuevos compañeros. Cuando canceló la primera salida, le dije que descansara.

La segunda vez pregunté cuándo podríamos vernos. «Vamos mirando», respondió. Antes siempre proponía otro día. Ahora el plan quedaba abierto como una ventana por la que entraba frío.

El sábado siguiente Vera quiso que fuéramos a cine. Le dije que no sabía si iba a estar con Jack. Ella preguntó a qué hora me confirmaría. Contesté que pronto, aunque no habíamos acordado nada.

Esperé hasta las cinco. A las seis él mandó una foto desde el trabajo. A las ocho dijo que estaba rendido. Ya era tarde para alcanzar a Vera.

No discutimos. Me preparé algo y puse una película que apenas seguí. Cuando me preguntó si estaba bien, respondí que sí. Pensé que ser comprensiva consistía en no añadirle otra preocupación.

Todavía no había una historia triste que contar. Solo una tarde desperdiciada. Solo una pequeña vergüenza por haber dejado mi tiempo disponible para alguien que no me había pedido esperar.

Al día siguiente volví a escribir primero. Quería saber si había dormido bien. Él puso un pulgar arriba.

Un viernes llegué a su apartamento y Jack abrió la puerta mientras seguía hablando por teléfono. Me señaló el sofá con la mano. Dejé el bolso y esperé. Cuando terminó, dijo que estaba muerto de cansancio y preguntó si yo ya había comido.

Me acerqué a besarlo. Giró la cara apenas, lo suficiente para que mis labios encontraran su mejilla. Después pasó junto a mí hacia la cocina.

Fue un movimiento pequeño. Mi cuerpo lo entendió antes de que yo pudiera explicarlo. Sentí calor en la cara y fingí buscar algo en el bolso.

-¿Todo bien? -pregunté.

-Sí. Estoy cansado.

Quise abrazarlo por detrás mientras servía agua. Se apartó para abrir un cajón. No supe si había sido casual. Esa incertidumbre me hizo quedarme quieta.

Me dije que había personas a las que el cansancio les quitaba las ganas de contacto. Era razonable. Yo también necesitaba espacio algunas veces. Lo extraño fue que él no volvió después, cuando la llamada terminó, cuando acabamos de comer, cuando apagamos la televisión.

Esa noche me acosté a su lado y esperé que buscara mi mano. No lo hizo. Había un espacio de pocos centímetros entre los dos y yo lo sentía como una habitación entera.

Antes de dormir le pregunté si me quería. Dijo que sí con los ojos cerrados.

Me avergoncé de haberlo preguntado. Más que la respuesta, me dolió descubrir que había necesitado hacer la pregunta.

Durante las semanas siguientes dejé de recibir sus audios de camino al trabajo. No fue una decisión anunciada. Un día llegó uno más breve; otro, un mensaje; después, nada. Yo seguía mandándole fotografías de cosas que me hacían pensar en él.

No llevaba una cuenta. Todavía no. Si tardaba, suponía que estaba ocupado. Lo estaba muchas veces. El problema empezó cuando regresaba de esa ocupación y nuestra conversación tampoco regresaba.

Un martes le conté que el cliente de una portada había rechazado mi propuesta. Respondió que esas cosas pasaban. Yo esperaba una pregunta. Dejé el teléfono cerca mientras preparaba la cena, por si aparecía otra línea.

Más tarde mandé: «Me pegó duro». Él contestó: «No te lo tomes tan personal».

La frase podía ser un consejo. Yo la sentí como una puerta cerrada antes de que terminara de entrar.

Vera me encontró corrigiendo el diseño a las once de la noche. Me preguntó qué había pasado y acabé contándole también lo de Jack. Se quedó a mi lado, sin resolver nada. Entonces me puse a llorar por la portada, por el cansancio y por la pregunta que él no había hecho.

Después, en el baño, me dije que estaba mezclando asuntos. Que no podía pedirle a mi novio reparar cada día malo.

Era verdad. Pero yo no le había pedido que lo reparara. Había querido contárselo. La diferencia me parecía importante y, al mismo tiempo, no encontraba una forma de decirla sin sentirme exigente.

Le hablé del cambio una noche de septiembre. Elegí un momento tranquilo, cuando ya habíamos comido. Le dije que lo sentía lejos, que extrañaba algunas cosas nuestras. No hablé de cada mensaje. Hablé de estar juntos y sentir que yo interrumpía.

Jack apoyó la espalda en el sofá.

-No podemos estar como al principio todo el tiempo.

-Lo sé.

-Entonces no entiendo qué quieres.

Trataba de explicarle algo que antes había parecido sencillo: no necesitaba una conquista permanente; necesitaba saber que todavía tenía ganas de encontrarse conmigo.

Él dijo que el trabajo lo tenía agotado. Le propuse vernos menos, pero acordar de verdad esos momentos. Contestó que ponerle horario al cariño era raro. Yo miré la taza azul sobre la mesa y sentí que estaba defendiendo algo ridículo.

-Antes te gustaba escucharme -dije.

-Antes no estábamos hablando siempre del mismo problema.

Era la primera vez que lo mencionaba así. «Siempre». La palabra convirtió mi intento en una insistencia antigua que yo no recordaba haber empezado.

Me fui sin despedirme bien. En el ascensor redacté una disculpa por haber elegido mal el momento. Él la respondió con un corazón.

Sentí alivio. Luego tristeza por sentir tanto alivio ante un símbolo tan pequeño.

Cuando llegué, Vera preguntó cómo había ido. Dije que estaba estresado. Era cierto. También era incompleto. Empecé a contar nuestra relación de una manera que permitiera seguir dentro de ella.

CAPÍTULO 05

Todo había que pedirlo

Para mi cumpleaños quise una cena sencilla. Se lo dije dos semanas antes: no una fiesta, no una sorpresa. Una mesa para los dos, tiempo sin correr. Jack respondió que claro.

Tres días antes le pregunté dónde iríamos. Todavía no había pensado. Le mandé dos opciones para facilitarlo. El día anterior escogió una y me pidió que reservara porque estaba ocupado. Lo hice. Me repetí que una reserva no tenía nada que ver con el amor.

Llegó cuarenta minutos tarde. Avisó cuando ya lo estaba esperando. Mientras tanto, un mesero retiró el segundo vaso para hacerme sitio en la mesa y yo le pedí que lo dejara.

Jack me besó al llegar y dijo que el tráfico estaba imposible. No llevaba nada. Me dio vergüenza advertirlo, como si yo estuviera haciendo un inventario material de su cariño. Al fin y al cabo habíamos acordado una cena, no regalos.

Lo que esperaba era otra cosa. Una pregunta sobre mi día. Un gesto que mostrara que había pensado en mí antes de atravesar la puerta.

Durante el postre entró una llamada. Me pidió un minuto y salió a contestar. El mesero trajo una vela que Vera había encargado por teléfono. La llama empezó a consumir la cera mientras yo esperé.

No la soplé. Me daba miedo que al volver él encontrara mi tristeza y la considerara otra exigencia.

Cuando regresó, la vela ya estaba apagada. «Pide un deseo», dijo, sin notarlo. Cerré los ojos de todos modos.

Al día siguiente Jack publicó una foto nuestra. Escribió una felicitación y un corazón. Varias personas comentaron que nos veíamos felices.

La fotografía era de seis meses atrás. Yo llevaba sandalias con medias y él tenía la mano en mi cintura. Miré la pantalla durante tanto tiempo que se apagó.

Quise alegrarme. Una parte de mí se alegró. Otra recordó la vela. Respondí con un corazón porque no sabía cómo poner aquella noche debajo de una imagen que sí había sido hermosa.

En la imprenta una compañera dijo que mi novio era muy tierno. Asentí. No sentí que estuviera mintiendo del todo. Él había sido tierno. Lo era algunas veces. Ese era el problema: no había una descripción sencilla que contuviera todas sus versiones.

Por la noche pregunté si podíamos hablar de la cena. Jack respondió que había hecho un esfuerzo por ir y que yo solo encontraba lo malo.

-Me habría gustado sentir que te hacía ilusión.

-¿Cómo quieres que demuestre eso?

Empecé a explicar: llegar, escuchar, acordarse. Mientras hablaba me pareció que estaba describiendo cómo debía comportarse un personaje para que yo me sintiera querida. Me detuve.

Él tomó mi silencio por un acuerdo. Dijo que no había que darle tantas vueltas.

Yo abrí otra vez la foto. La amplié hasta ver su mano sobre mi cintura. Intenté recordar lo que había sentido entonces. Me sorprendió descubrir que ya necesitaba una imagen antigua para recuperar una sensación de seguridad.

Una noche, al despedirnos, le pedí un abrazo.

Lo hice con una voz ligera, como quien solicita un favor insignificante. Jack me rodeó con un brazo. Yo apoyé la cabeza en su pecho y quise quedarme un poco más. Él soltó primero.

-¿Otro? -pregunté, sonriendo.

-Clara, tengo sueño.

Me aparté. No quería obligarlo a tocarme. Nadie tenía que abrazarme cuando no deseaba hacerlo. Pero aquello ya no era una noche sin ganas. Era una relación en la que casi siempre encontraba cerrada la puerta del contacto y no podía hablar de eso sin avergonzarme.

En mi casa recordé su abrazo junto a la puerta la noche del arroz quemado. Había sido largo porque los dos quisimos quedarse. Ahora yo estaba pidiendo una duración que él no tenía ganas de dar.

La comparación me dejó una tristeza física, un peso debajo de las costillas. No había ocurrido una tragedia visible. Había salido de un apartamento, tomado un bus y llegado a mi cuarto. Me pregunté cómo contaría que eso dolía.

Antes de dormir escribí: «No quería otro abrazo. Quería no haber tenido que pedir el primero».

Después taché la frase. Me parecía injusta: las parejas necesitan decirse lo que desean. La volví a escribir debajo con algo más: «Puedo pedir cariño. Lo que no sé es qué hacer cuando decirlo no abre ninguna conversación».

Esa vez no le mandé nada. Me quedé con el teléfono en la mano hasta que se me durmieron los dedos.

Empecé a fabricar instrucciones. Mensajes breves, claros, amables. Había leído que nadie podía adivinar nuestras necesidades y quise hacer bien mi parte.

Le dije que me gustaría una llamada el miércoles si tenía tiempo. Pregunté si podía avisarme antes de cancelar. Propuse guardar los teléfonos durante la cena. Evité la palabra «siempre» porque me parecía acusatoria. Quité «nunca» de mis frases. Añadí «entiendo que estés ocupado» antes de cada petición.

Jack estuvo de acuerdo con algunas cosas. El miércoles llamó, pero la conversación duró dos minutos. La semana siguiente se le olvidó. Cuando se lo mencioné, dijo que no podía llevar una relación como una lista de tareas.

Yo tampoco quería una lista. Quería dejar de necesitarla.

Una tarde lo vi recordar el cumpleaños de un compañero y organizar entre varios una sorpresa. Me contó los detalles con entusiasmo. Sentí envidia y enseguida culpa por sentirla. No deseaba quitarle nada a su amigo. Me dolía ver la atención que Jack todavía era capaz de dar cuando algo le importaba en ese momento.

No lo interrumpí. Escuché cómo resolvieron el regalo, quién llevó la torta y qué cara puso el compañero. Al terminar, Jack me preguntó si me pasaba algo.

Dije que no. Ya había aprendido que contar lo que sentía podía convertir una conversación agradable en otra prueba de que conmigo todo era complicado.

Luego lloré en el baño, sin ruido. Empezaba a sentir vergüenza incluso cuando nadie me estaba mirando.

CAPÍTULO 06

La mujer que esperaba

Mi teléfono cambió de peso. Antes cabía en el fondo del bolso; ahora parecía estar unido a mi mano.

Lo dejaba boca abajo durante el trabajo y lo volteaba cuando la pantalla vibraba. Si era una promoción, sentía una decepción absurda. Si era Jack, se me aflojaban los hombros. Había mañanas enteras cuyo ánimo dependía de una línea suya.

No me gustaba reconocerlo. Yo había sido capaz de atravesar un día sin vigilar a nadie. Recordaba esa versión de mí con la misma nostalgia con que recordaba a mi novio.

Una tarde envié: «¿Nos vemos mañana?». Respondió: «No sé». A las ocho pregunté si ya sabía. No contestó. Me quedé disponible hasta el día siguiente, aunque Vera me había invitado a visitar a una amiga.

Cuando Jack finalmente dijo que no podía, escribí «tranquilo». La palabra ya no describía mi estado. Se había convertido en una manera de evitar una discusión.

Fui sola a comprar lo que hacía falta en la casa. En la fila del supermercado miré otra vez el chat. Había algo humillante en seguir esperando después de haber recibido una respuesta. Tal vez mandaría un mensaje amable. Tal vez propondría otro día. Tal vez recordaría que yo también tenía un fin de semana.

Llegué con pan, tomates y una rabia que no sabía dónde poner. No era solo contra él. Me molestaba haber entregado tantas horas sin que nadie me las pidiera.

Vera me ayudó a guardar las bolsas. No me preguntó por Jack. Agradecí esa pausa.

Dejé de contarle cosas que podían parecer pesadas. Un cliente difícil, una preocupación económica, una discusión con mi mamá. Seleccionaba noticias que ofrecieran una versión fácil de querer: una foto bonita, una ocurrencia, una anécdota breve.

Me arreglaba antes de ir a verlo con un cuidado que al principio había sido placer y ahora era preocupación. Probaba dos blusas. Borraba una foto y tomaba otra. Pensaba que si conseguía verme como en los primeros meses quizá su mirada regresaría con ellos.

Un viernes me corté el pelo. Jack no lo notó. Se lo dije sonriendo y él respondió que me veía bien. Miré mi reflejo en el vidrio de la ventana. Me pareció estar observando a una mujer que ya no sabía si era bonita hasta que alguien se lo confirmara.

Antes de dormir le pregunté si había algo en mí que lo molestara. Se incorporó un poco.

-¿Por qué buscas problemas donde no los hay?

Yo estaba buscando una explicación que pudiera corregir. Si el problema era mi ropa, mi conversación o mi manera de acercarme, todavía había algo que hacer. Era más aterrador imaginar que podía esforzarme todo lo que quisiera y no encontrar de nuevo sus ganas.

Él apagó la lámpara. Yo me quedé despierta recordando a la mujer que hablaba con las manos en la foto de Vera.

No supe cuándo había empezado a resultar tan difícil ser yo misma cerca de la persona que decía quererme.

Vera me encontró una madrugada en la cocina. Estaba calentando leche, aunque no me gustaba, porque había oído que ayudaba a dormir. El teléfono descansaba junto a la estufa. Jack no había respondido a mi mensaje de la tarde.

-¿Qué pasó? -preguntó.

-Nada grave.

Ella se sentó. No discutió con la frase. Esperó hasta que yo empezara a contar.

Le dije que lo extrañaba incluso cuando estábamos juntos. Que me daba miedo hablar porque después él estaba peor. Que me encontraba ensayando el tono con el que debía pedir cosas sencillas.

-¿Y puedes decirle que algo te duele sin terminar pidiendo perdón? -preguntó.

Pensé en la última conversación. Había comenzado diciendo que me sentía sola y terminado disculpándome por desconfiar.

-Él no es malo -respondí.

-No te pregunté eso.

La leche subió y cayó sobre la estufa. Me puse a limpiar con una urgencia desproporcionada. Vera bajó el fuego y sostuvo la olla. Ese gesto de ayuda me hizo llorar más que su pregunta.

Yo podía explicar el cansancio de Jack, su trabajo, su carácter. Me sabía todas las razones por las que aquello podía estar pasando. Lo que no sabía era dónde poner mi cansancio, mi trabajo, mi carácter. Las explicaciones de él ocupaban toda la habitación.

Vera me acercó un vaso de agua. Dijo que no tenía que decidir nada esa noche.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentí que necesitara llegar a una conclusión para merecer compañía.

Fui a una reunión con Jack y sus compañeros. Durante la comida estaba animado. Hacía bromas, preguntaba por las parejas de los demás y recordaba detalles de conversaciones anteriores. Yo me alegré de verlo así. Luego sentí una punzada difícil de admitir.

No era que quisiera verlo apagado también con ellos. Quería saber por qué conmigo parecía no quedarle nada.

Alguien hizo una foto de grupo. Jack me pasó un brazo por los hombros. Mi cuerpo respondió con una alegría inmediata, antes de que yo pensara. Me apoyé en él. Cuando guardaron el teléfono, retiró el brazo para seguir hablando.

Durante el regreso intenté contarle un chiste que no había terminado en la mesa. Miró por la ventana y dijo que estaba cansado de hablar.

Me callé. La voz que había usado con los demás parecía seguir flotando dentro del carro, alegre y disponible. Quise preguntarle por qué a mí me llegaba solo el silencio.

Cuando estacionó, me despedí con un beso corto. Él preguntó si estaba brava.

-Estoy triste.

-Otra vez.

Dos palabras. No gritó. No insultó. No hizo nada que yo supiera contar como una escena grande. Y, sin embargo, me dolieron con una precisión que todavía recuerdo.

Subí a mi apartamento tratando de decidir si el problema era mi tristeza o la falta de un lugar donde decirla. Abrí el chat y escribí una explicación larga. La borré. Esa noche me fui a dormir con una frase sin destinatario.

CAPÍTULO 07

Volver por unos días

En enero dejé de escribirle primero durante tres días. No fue un plan para ponerlo a prueba. Estaba agotada y necesitaba saber qué hacer con mi vida mientras esperaba. Trabajé, salí con Vera y dejé el teléfono en el cuarto durante una cena.

La tercera noche Jack llamó. Preguntó si estaba rara. Le dije que estaba triste y cansada de hablar sin encontrar cambios. Por primera vez no le ofrecí una explicación que lo dejara tranquilo.

Hubo un silencio largo.

-No quiero perderte -dijo.

Empecé a llorar antes de responder. Había imaginado tantas veces esa frase que escucharla me pareció una confirmación de todo lo que todavía defendía.

Nos vimos al día siguiente. Llegó con flores y se quedó conmigo mientras conté cosas que llevaba semanas guardando. No revisó el teléfono. Me pidió perdón por estar tan ausente. Dijo que quería hacerlo mejor.

Yo también quería. Quería tanto que tuve miedo de estropearlo hablando de los meses anteriores. Me contuve después de un rato y lo abracé. Él me abrazó de vuelta.

La felicidad que sentí fue real. También lo fue el alivio. Se parecían tanto que no los distinguí.

Aquella noche puse las flores en una jarra porque no tenía florero. Jack me preguntó por la portada que estaba diseñando. Empecé a hablar rápido, como si tuviera un tiempo limitado para entregar todo lo que había ocurrido en mi vida mientras él no preguntaba.

Durante una semana volvió a buscarme. Mandó un audio, propuso una salida y se acordó de preguntarme cómo había quedado el diseño. Yo respiraba mejor. En la imprenta volví a escuchar música mientras trabajaba.

Vera miró las flores y dijo que le alegraba verme tranquila. No añadió advertencias. Yo necesitaba que nadie tocara todavía aquella paz.

El sábado hicimos almuerzo en su casa. Jack compró los tomates sin demorarse tanto y yo bromeé con que el ascenso lo había vuelto eficiente. Se rió. Lavamos los platos juntos. Mientras secaba mi taza, me besó en la nuca.

Sentí que se abría una puerta que llevaba mucho tiempo empujando. Pensé que tal vez las conversaciones difíciles habían servido. Me dije que no habría que desconfiar de una mejora solo porque llegara tarde.

Por la noche hablamos de una película y él recordó una opinión mía. Me sorprendió tanto que se lo dije.

-Claro que te escucho -contestó.

Quise creer que su frase describía todos nuestros meses, no solo esa noche.

Me quedé el domingo también. Cancelé un plan pequeño con Vera porque Jack propuso salir a caminar. Sentía que tenía que aprovechar cada instante de su disponibilidad, como si la cercanía pudiera agotarse mientras yo estaba en otro lugar.

Solo después comprendí que no había recuperado del todo la tranquilidad. Estaba disfrutando el cariño y, al mismo tiempo, vigilando que no terminara. Mi cuerpo seguía preparado para la siguiente ausencia.

La segunda semana llegó menos. La tercera olvidó una salida. La cuarta dijo que estaba bajo presión otra vez.

Al principio no lo mencioné. Pensé que debía darle tiempo y que señalar cada tropiezo haría imposible cualquier cambio. Pero algunas cosas no eran tropiezos: habíamos regresado al mismo lugar sin hablar de cómo sostener lo acordado.

El sábado que debíamos ir a cine me avisó media hora antes que se quedaría trabajando. Propuse el domingo. Dijo que no sabía. Reconocí la frase y sentí un miedo antiguo, como si alguien hubiera empezado a cerrar una puerta que aún me encontraba atravesando.

Pregunté si podríamos hacer un plan para la semana siguiente. Respondió que yo nunca estaba satisfecha.

Le mandé una captura del mensaje en que él mismo había propuesto el cine. Me avergoncé apenas lo envié. No quería reunir pruebas contra mi novio. Quería impedir que nuestra conversación borrara lo que de verdad había ocurrido.

-Ya sé lo que escribí -contestó.

Me quedé mirando esa línea. No decía nada sobre vernos.

Las flores se habían secado en la jarra. Tiré algunas y guardé una entre las páginas del poemario. Había una flor de cuando empezamos y otra de cuando casi terminamos. Pensé que las dos parecían iguales una vez aplastadas.

Esa noche no dormí con rabia. Dormí con algo peor para la esperanza: empezaba a reconocer el camino.

Encontré la taza azul al fondo de un mueble. Había ido a su casa y él todavía estaba trabajando en el computador. Mientras esperaba, quise hacerme café. Busqué en la repisa donde antes la dejaba. No estaba.

Abrí otro mueble. Había vasos, un recipiente vacío y, detrás, mi taza. Jack no la había tirado ni la había escondido para herirme. Probablemente había reorganizado la cocina. Eso fue lo que me dije.

La saqué y la lavé. La imperfección en el esmalte seguía allí. Recordé la foto que me mandó cuando le había hecho sitio en la repisa. Ahora yo estaba de pie en la misma cocina intentando convencerme de que el lugar de una taza no podía significar nada.

-¿Ya terminaste? -pregunté desde la puerta.

-Casi.

El casi duró otra hora. Me senté en el sofá, tomé el café frío y leí un libro sin recordar lo que decía. Cuando por fin salió, propuso pedir comida. Había ido a verlo para conversar. Terminamos mirando una pantalla.

No le hablé de la taza. Se habría oído como una acusación absurda: la pusiste detrás de los vasos. Pero la tristeza nunca había estado en el mueble.

Estaba en haber llegado y no ser buscada. En esperar a alguien que sabía dónde me encontraba. En la manera en que mi presencia se había vuelto una cosa segura que podía dejarse para después.

CAPÍTULO 08

La cuenta de lo pequeño

Un día empecé a escribir hechos. No opiniones, no sospechas. La salida cancelada sin otra fecha. La conversación interrumpida. La disculpa que yo había ofrecido después de contar que me sentía sola.

Lo hice porque mi memoria cambiaba cuando Jack era cariñoso. Si me besaba con ganas, me parecía que había exagerado todo lo anterior. Si se alejaba, creía que tal vez lo bueno nunca había existido. Necesitaba un lugar donde ambas cosas pudieran permanecer sin borrarse.

También escribí los días buenos. El almuerzo que trajo, la llamada que hizo, la noche en que me escuchó. No quería fabricar una versión cruel para justificar una decisión que todavía no era capaz de tomar.

Al releer, vi semanas enteras en las que el contacto dependía de que yo propusiera, recordara y esperara. Las pocas líneas cálidas no eran falsas. Simplemente estaban rodeadas de mucho más silencio del que yo podía seguir soportando.

Cerré el cuaderno con una sensación de frío. No había encontrado una prueba de que Jack fuera una mala persona. Había encontrado una descripción de mi vida con él.

Vera llegó mientras yo seguía sentada a la mesa. Me preguntó qué estaba escribiendo. Le dije que intentaba acordarme.

-¿De qué?

-De todo. No solo de lo que me permite quedarme.

Ella se sentó a mi lado. Esa vez no lloré. Me dolió de una manera más quieta, como cuando finalmente se enciende una luz y descubres cuánto tiempo llevabas tropezando en la misma habitación.

Perdí una oportunidad de trabajo por no revisar un correo a tiempo. No era un contrato enorme, pero sí un encargo que me interesaba. Había pasado la tarde reescribiendo un mensaje para Jack. Quería explicar que me sentía distante de él sin sonar intensa.

Cuando vi el correo, ya habían elegido a otra diseñadora.

Me quedé mirando la pantalla. Lo primero que sentí fue rabia contra Jack. Después entendí que él no me había obligado a dejar el trabajo a un lado. Esa decisión era mía, aunque se hubiera formado en medio de una preocupación que parecía no terminar.

Podía reconocer mi responsabilidad sin fingir que la relación no me estaba consumiendo.

Le conté a Vera. Ella me ayudó a contestar al cliente y a guardar el contacto para otra ocasión. Luego cerré el chat de Jack sin mandar el mensaje.

Era la quinta versión. Había quitado una frase, cambiado un verbo y añadido otra disculpa. Pensé en la cantidad de atención que le había dado a un texto cuyo destino más probable era una respuesta breve o el silencio.

Esa noche volví a mi portafolio. Me costaba concentrarme. Abrí el chat dos veces y lo cerré. No hubo una revelación hermosa. Hubo una mujer obligándose a mirar su trabajo mientras todavía deseaba que sonara el teléfono.

Terminé corrigiendo una portada. Antes de acostarme me la mandé por correo. Quise dejar algo de ese día en un lugar que no dependiera de si otra persona decidía responder.

Le conté a mi mamá que las cosas estaban difíciles. Lo hice un domingo, mientras caminaba para comprar pan. Ella preguntó si Jack me trataba mal.

No supe qué responder. Pensé en la sopa de cuando tuve fiebre y en su mano apartándose de la mía. Pensé en el corazón que mandaba después de una discusión. Había cuidado y había descuido; el primero se había vuelto una excepción que yo usaba para explicar el segundo.

-Me siento sola con él -dije.

Mi mamá guardó silencio. Después contó que, cuando era joven, había pensado muchas veces que hablar de lo que necesitaba era molestar. No me dio una orden ni afirmó saber lo que Jack sentía. Dijo que entendía esa vergüenza.

Llegué a la panadería llorando un poco. El señor del mostrador me preguntó si quería el pan de siempre. Asentí, agradecida por una pregunta que no exigía contar una historia.

Sentí alivio al comprobar que mi tristeza cabía en una conversación familiar sin convertirse enseguida en un defecto.

Por la tarde Jack escribió que me extrañaba. Casi le respondí: «Entonces ven». No lo hice. Le pregunté cuándo nos veríamos. Contestó que andaba complicado.

El mensaje de extrañarme quedó flotando sobre una fecha imposible de encontrar. Lo leí varias veces. Era una palabra hermosa que no conseguía volverse una tarde.

Guardé el teléfono y llamé otra vez a mi mamá. Esta vez le pregunté por su día.

Había empezado a pensar que debía doler más para tener derecho a irme. Una traición evidente. Una mentira que pudiera mostrar. Algo que hiciera innecesario explicar por qué un montón de ausencias pequeñas se habían vuelto insoportables.

Buscaba una escena que me concediera permiso. Mientras tanto, seguía llegando a su apartamento con el estómago cerrado.

Una noche Vera preguntó qué tendría que pasar para que yo considerara suficiente mi tristeza. La pregunta me molestó. Le dije que desde fuera era fácil opinar. Ella bajó la mirada y se disculpó por presionarme.

Al rato volví a la cocina. Le dije que no estaba enojada con ella. Estaba enojada porque no sabía responder.

Me abrazó. No me explicó que todo pasaría. No dijo que merecía otro hombre. Me preguntó si quería cenar y nos pusimos a cortar verduras.

Mientras preparábamos la comida, recordé que también podía discutir con alguien sin temer perder después su ternura. Esa comparación me dolió y me sostuvo al mismo tiempo.

No necesitaba que Jack fuera el hombre más cruel del mundo. Tampoco que cada recuerdo bueno resultara una mentira. Podía haberlo querido y reconocer que nuestra manera de estar juntos ya no me hacía bien.

La idea no produjo una decisión inmediata. La escribí en el cuaderno y me quedé mirándola. Era una frase sencilla. Lo difícil sería aprender a vivir como si tuviera derecho a creerla.

CAPÍTULO 09

Te estoy hablando

En mayo pedí hablar de verdad. Sin televisión, sin una llamada pendiente, sin que yo tuviera que introducir el tema como una cosa pequeña para no incomodarlo. Jack aceptó que fuera a su apartamento el domingo.

Llevé el cuaderno, pero no lo saqué. No quería leer una acusación. Quería mirarlo y escuchar una respuesta.

-Te quiero -empecé-. Y estoy pasando muy mal dentro de esta relación.

Jack se quedó quieto. No discutió enseguida. Esa pausa me permitió continuar.

Le conté que me sentía esperando siempre: un plan, una pregunta, una manera de estar conmigo que no pareciera concedida después de una queja. Dije que no necesitaba regresar a la intensidad del principio, pero sí construir algo que los dos cuidáramos.

-Siento que todo lo que hago está mal -respondió.

-No todo. Pero cuando te cuento que algo me duele, acabamos hablando de lo injusta que soy contigo. Y lo que me dolía queda sin sitio.

Él miró la ventana. Yo notaba mi corazón en el cuello. Había preparado esa frase durante días y ahora me parecía que podía cambiarlo todo o no cambiar nada.

-Te estoy hablando, Jack. No estoy tratando de ganarte.

Lo dije muy bajo. Quise que entendiera cuánto me importaba todavía escucharlo.

Entonces admitió que a veces evitaba verme porque temía otra conversación difícil. Yo asentí. Había una parte de nuestra distancia que ya alimentábamos entre los dos. Pero todavía necesitábamos hablar de cómo habíamos llegado allí y de si queríamos salir.

Jack dijo que se había acostumbrado a que yo estuviera. No utilizó esas palabras de inmediato. Primero habló del trabajo, del cansancio y de lo distinto que era llevar meses con alguien. Después se frotó la cara y lo dijo:

-Supongo que pensaba que estábamos bien porque seguíamos juntos.

Sentí ganas de llorar y de sacudirlo por los hombros. Habíamos seguido juntos mientras yo hablaba, esperaba, me disculpaba y volvía a intentarlo. Nuestra continuidad no había sido una prueba de bienestar.

-Te he dicho muchas veces que no estaba bien.

-Sí. Pero pensé que era una mala época.

-¿Mala para quién?

No respondió.

Por un momento lo vi cansado y perdido, no como una explicación de mi tristeza, sino como una persona que no sabía qué hacer con lo que había dejado crecer. Eso me produjo ternura. También rabia. Durante meses yo había traducido cada silencio suyo para volverlo menos doloroso; él no parecía haber necesitado mirar con el mismo cuidado los míos.

Le pregunté si deseaba seguir conmigo o si solo le daba miedo terminar. Dijo que me quería. Yo respiré hondo.

-Necesito saber si quieres estar, no solo si te duele perderme.

La frase se quedó entre nosotros. Él me tomó la mano y la sostuvo. Yo agradecí el gesto, pero por primera vez no permití que ese gesto reemplazara toda la conversación.

Seguimos sentados. No hubo una revelación que ordenara nuestro pasado. Hubo preguntas que por fin no quise responder por él.

Hicimos un acuerdo concreto. Dos tardes al mes elegidas entre los dos, avisar si los planes cambiaban y hablar antes de dejar que el malestar se convirtiera en semanas de distancia. Yo me comprometí a no llamar varias veces cuando él había dicho que necesitaba estar solo. Lo había hecho en algunas ocasiones y no me gustaba recordarlo.

No quería una vigilancia mutua. Quería que nuestras vidas pudieran acercarse sin que ninguna tuviera que quedar suspendida esperando a la otra.

Jack dijo que iba a intentarlo. Le pedí que lo pensara, que no respondiera solo para terminar una conversación incómoda.

-Lo estoy pensando -contestó.

Nos abrazamos antes de irme. Esta vez me sostuvo con los dos brazos. Lloré con la cara contra su cuello. Todavía lo quería. Todavía encontraba su olor y algo dentro de mí deseaba quedarse ahí para siempre.

En el camino de regreso no le escribí a Vera que todo estaba resuelto. Dije que habíamos hablado y que veríamos qué pasaba. Esa diferencia me costó. Había algo doloroso en dejar de llamar final feliz a cualquier momento en que Jack y yo lográbamos acercarnos.

Guardé el cuaderno en el cajón. No quería usarlo para observarlo cada día, pero tampoco volver a borrar mi memoria.

Durante las semanas siguientes intenté estar abierta a lo que realmente ocurriera. Era una forma nueva de esperanza: podía mirar un gesto bueno sin decidir que ya habíamos reparado una historia entera.

La primera tarde acordada salió bien. Caminamos, comimos y Jack escuchó una idea para mi portafolio. La segunda la canceló por trabajo. Eso podía pasar. Lo que no apareció fue otra fecha.

Se lo recordé una vez. Dijo que sí, que miraríamos. Dejé pasar una semana. Después otra. No quise perseguir el acuerdo ni esperar en silencio fingiendo que no importaba. Le escribí que necesitaba saber si seguía queriendo cumplirlo.

-No todo se puede programar, Clara.

Habíamos hablado precisamente de eso. Me quedé mirando el mensaje y sentí un cansancio que ya no buscaba una frase mejor.

Ese mismo mes presenté mi portafolio en una reunión pequeña de diseñadores. Le había avisado con tiempo. Jack dijo que intentaría ir. Cuando empezó, su silla estaba vacía. Me había explicado que podía surgir un evento; yo sabía que eso era posible. Sin embargo, tampoco preguntó después cómo había salido.

Vera me esperaba al terminar. Tenía una botella de agua y los ojos brillantes. Me dijo que había hablado demasiado rápido al principio y muy bien después. Nos reímos.

En casa Jack mandó una foto de los equipos del evento. Respondí que esperaba que todo saliera bien. Durante unos segundos estuve a punto de mandarle una foto de mi presentación para recordársela.

No lo hice. Cerré el chat y miré las imágenes que Vera había tomado.

En una aparecía hablando con las manos. Había gente mirándome. Me quedé mucho tiempo frente a esa foto. Mi voz todavía podía encontrar un lugar.

CAPÍTULO 10

La última noche

En julio Jack me invitó a su apartamento. Dijo que haría la cena. Fui con una alegría cautelosa, esa mezcla que ya había aprendido: ilusión y miedo a que se notara demasiado.

Al llegar, me saludó con un beso. Había comprado comida preparada y la estaba pasando a unos platos. No me importó. Podíamos cenar cualquier cosa. Yo quería conversar.

Durante veinte minutos hablamos de su trabajo. Después intenté contarle que me habían propuesto otro encargo. Miró el teléfono y dijo «qué bien». Esperé. Le conté un detalle para darle otra entrada. Contestó un mensaje mientras yo hablaba.

-¿Puedes mirarme un momento?

Levantó la cara.

-¿Qué?

La pregunta no fue cruel. Fue peor para mí: parecía no saber que yo llevaba varios minutos allí, intentando compartir una noticia.

Sentí las lágrimas antes de poder frenarlas. Él dejó el teléfono sobre la mesa con un golpe corto.

-No otra vez, Clara. Por favor.

Pensé en la primera mandarina, en el arroz quemado, en la vez que preguntó si quería consejo o desahogarme. Todos esos recuerdos aparecieron sin orden. Los había usado durante meses para quedarme. Esa noche me mostraron algo distinto: yo sabía cómo se sentía ser escuchada. No estaba inventando una necesidad imposible.

Me limpié la cara con la servilleta. Había preparado tantas conversaciones que ya no encontré nada nuevo que decir.

-No puedo seguir así -dije.

Jack me miró de verdad entonces.

Él preguntó si estaba terminando la relación. Asentí. Me sorprendió poder hacerlo mientras todavía tenía ganas de abrazarlo.

-Por mirar el teléfono -dijo.

-No por esta noche sola.

Intenté explicarlo una vez más, pero sin abrir un debate sobre cada ejemplo. Hablé de los meses en que yo había sentido que necesitaba convencerlo de encontrarse conmigo. De cómo empezaba una conversación triste y acababa pidiendo perdón por tenerla. De los acuerdos que no habían encontrado continuidad.

Jack dijo que podía cambiar. Lo escuché. No quise burlarme de esa promesa ni fingir que me daba igual. Me importó tanto que tuve que apoyar las manos sobre la mesa para no acercarme.

-Hemos querido intentarlo varias veces -respondí.

-Esta vez es en serio.

Las lágrimas le humedecieron los ojos. Me dolió verlo así. Una parte de mí quiso cuidarlo de la decisión que estaba tomando. Otra recordó que llevaba mucho tiempo cuidándolo de saber cuánto me dolía permanecer.

-No puedo volver a quedarme solo porque terminar nos hace daño.

Lo dije despacio. No me sentí fuerte. Tenía la boca seca y me temblaban las piernas.

Jack se quedó callado. No me detuvo cuando me levanté. Fui a buscar mis cosas: una camiseta, un libro, el cargador que había dejado meses atrás. El cajón parecía pequeño para contener todo lo que yo había imaginado.

En la cocina vi la taza azul. Le pregunté si podía llevármela. Dijo que claro. Nunca había dejado de ser mía. Aun así, me escuché pedir permiso.

Al despedirnos me abrazó. No fue el abrazo breve de otras noches. Su mano se quedó en mi espalda y sentí la respiración que conocía. Cerré los ojos. Podía reconocer exactamente el lugar donde había descansado al principio.

Me pareció injusto que mi cuerpo todavía quisiera quedarse cuando yo había decidido irme. Esperaba que la claridad trajera alguna forma de distancia. No la trajo. Lo quería allí, en ese mismo instante, con una intensidad que volvía difícil soltar los brazos.

-Perdón -dijo.

No respondí que no había pasado nada. Había pasado mucho. Le dije que lo había querido de verdad. Él contestó que también.

Quizá ambas cosas eran ciertas. No supe qué hacer con ellas. Podíamos habernos querido y, aun así, haber construido un lugar en el que yo ya no podía vivir sin perderme.

Me aparté. Recogí la bolsa y caminé hasta el ascensor. Esperé mirando los números, convencida de que si volvía la cabeza no podría continuar.

Abajo, la calle tenía el ruido habitual. Un señor cerraba una tienda. Alguien discutía por un parqueadero. Me sorprendió que el mundo pudiera seguir con una normalidad tan precisa mientras yo llevaba una taza envuelta en una camiseta y no sabía dónde poner las manos.

Le escribí a Vera: «Ya voy». Ella respondió: «Aquí estoy».

Durante el viaje lloré mirando el vidrio. No sentí libertad todavía. Sentí pérdida. Haber elegido salir no me ahorró extrañar lo que estaba dejando.

Esa noche Vera no me preguntó cómo me sentía. Puso agua a calentar y me ayudó a sacar las cosas de la bolsa. La taza azul quedó sobre la mesa. Parecía un objeto común y, al mismo tiempo, algo imposible de mirar.

Me senté en el piso. Ella se sentó conmigo. Conté la cena por partes y repetí dos veces que Jack había llorado. Era lo que más me tentaba a regresar.

-Debe estar muy mal -dije.

-Puede estarlo.

-¿Y si hice todo muy rápido?

Vera no respondió enseguida. Miró mis manos, que seguían apretando el borde de la camiseta.

-Llevas meses intentando decidir qué hacer. Pero esta noche no tienes que resolver otra vez toda la historia.

La frase no me convenció de golpe. Me ayudó a atravesar la hora siguiente.

Jack escribió pasada la medianoche. Dijo que no podía dormir. Yo tampoco. Redacté una respuesta, la borré y terminé diciendo que necesitaba unos días sin hablar para poder sostener mi decisión. No era un castigo. No sabía cómo despedirme si continuábamos acompañando juntos cada dolor de la despedida.

Dejé el teléfono en la cocina. En la cama me sorprendí esperando su mensaje de buenas noches, uno que ya casi nunca llegaba cuando éramos novios.

Lloré hasta que me dolió la cabeza. Después me dormí un rato. Al despertar, el primer pensamiento fue buscarlo.

Todavía no sabía cómo vivir una mañana sin la esperanza de que ese día él volviera a ser quien yo recordaba.

CAPÍTULO 11

Lo que queda de mí

Los primeros días fueron torpes. Me levantaba para ir al trabajo y olvidaba por unos segundos que habíamos terminado. Después lo recordaba y sentía un vacío inmediato. Podía preparar café, vestirme y llegar a la imprenta con ese vacío sentado dentro.

No fui una mujer nueva. Fui la misma mujer intentando no escribir un mensaje mientras esperaba que se exportara un archivo.

Jack respetó los días sin contacto. Eso me dio paz y también una tristeza absurda: parte de mí deseaba que insistiera. No porque quisiera ser presionada, sino porque todavía buscaba una prueba tardía de que había sido importante.

Cuando lo reconocí, lo escribí en el cuaderno. Me avergonzó menos allí. Podía desear cosas contradictorias sin convertir cada deseo en una decisión.

Una tarde hice una sopa que él preparaba. La probé y me puse a llorar de pie, con la cuchara en la mano. Vera encontró la olla y preguntó si quería cenar juntas. Dije que sí.

La sopa no dejó de recordármelo. Tampoco tuvimos que tirarla. Comimos, hablamos de una vecina y luego volvió la tristeza. El día contenía varias cosas. Yo empezaba a aprender que no debía elegir una sola emoción para contar cómo estaba.

Antes de acostarme saqué mi ropa de la bolsa. La doblé y la guardé en mi cajón. Fue una tarea pequeña. La hice llorando, pero la hice. Mi vida necesitaba volver a tener lugares que yo pudiera usar.

Volvimos a hablar tres semanas después para devolver una chaqueta suya. Nos encontramos en un café distinto, cerca de mi trabajo. No quería regresar todavía al lugar de nuestra primera noche.

Jack se veía cansado. Me dijo que había pensado mucho. Reconoció que me dejaba esperando y que evitaba las conversaciones porque no quería admitir que su forma de estar en la relación había cambiado.

-Quería seguir teniéndote en mi vida -dijo-. Pero muchas veces no estaba eligiendo estar contigo.

Me dolió escucharlo. También me quitó una tarea: ya no tenía que encontrar una explicación que me volviera menos necesitada o más fácil de querer.

Le pregunté por qué no lo había dicho antes. Contestó que no sabía cómo, que temía perderme. Miré mi taza de café. Durante meses me había sentido perderlo y, para conservarlo, yo había ido desapareciendo de las conversaciones.

No supe si comprendía todo el daño. Tampoco podía convertir aquella mesa en el lugar donde por fin lo entendiera completo.

Me pidió que pensara en volver. Dije que no quería hacerlo. La palabra salió baja, pero salió.

Nos despedimos sin abrazarnos. Fue extraño después de una historia tan llena de intentos de contacto. Caminé hacia el trabajo con una tristeza limpia de nuevas promesas.

Esa noche extrañé su mano. No regresé. Aprendía, muy lentamente, que echar de menos a alguien no me obligaba a reconstruir el lugar donde había dejado de sentirme acompañada.

En septiembre fui con Vera a una exposición. Era el plan que habíamos aplazado varias veces mientras yo esperaba las confirmaciones de Jack. Compramos las entradas con anticipación y, cuando llegó el día, no consulté otro calendario.

Me costó disfrutar al principio. Miraba el teléfono por costumbre, sin esperar un mensaje concreto. Me sorprendió lo persistente que podía ser un movimiento de la mano después de perder su motivo.

Vera me señaló un cuadro. Había una mesa con dos sillas, una ocupada por una mujer que miraba hacia una ventana. Estuve a punto de interpretar toda mi vida en esa imagen. Luego me fijé en el color de la pared y en la forma en que la pintora había resuelto la luz. Era posible mirar algo sin convertirlo inmediatamente en mi herida.

Al salir nos tomamos una foto. Yo sonreía sin comprobar después si parecía demasiado contenta para alguien que había amado tanto.

Durante los meses siguientes trabajé en el portafolio y acepté un encargo. Hubo noches buenas y otras en que abrí una fotografía antigua hasta sentirme otra vez sentada en el piso de su apartamento.

No borré todo. Guardé algunas imágenes fuera del teléfono para dejar de encontrarlas por accidente. Le puse un lugar a la memoria, igual que intentaba ponérselo al resto de mi vida.

La taza azul quedó en mi cocina. Una mañana la usé sin llorar. Lo noté al lavarla, cuando el café ya se había terminado. Ese fue el tamaño del cambio de aquel día.

En noviembre volví al café donde había conocido a Jack. Fui con Vera. Durante semanas lo había evitado como si la puerta guardara una versión de mí a la que todavía podía regresar.

La mesa estaba ocupada por otras personas. Pedimos en la barra y buscamos sitio cerca de la ventana. Yo elegí un chocolate sin canela. La mesera lo anotó sin dar importancia a algo que, para mí, había formado parte de una historia entera.

Vera empezó a contarme una discusión del trabajo. La escuché. Me sorprendió poder estar allí, interesada en una vida distinta de la mía, sin sentir que estaba traicionando lo que había pasado.

Pensé en Jack. En su chaqueta sobre la silla, en el paraguas y en las cosas que sí habían sido hermosas. Ya no necesitaba volverlas falsas para seguir adelante. Pero tampoco podía dejar que lo hermoso explicara cualquier cosa que viniera después.

Durante mucho tiempo pregunté por qué amar dolía. La pregunta se había vuelto demasiado grande, como si todo el amor del mundo debiera responder por nuestro noviazgo. Aquella tarde pude hacerla más cercana: ¿qué me había dolido dentro de esta relación?

Me dolió dejar de sentirme escuchada. Me dolió pedir lo mismo sin una conversación que lo cuidara. Me dolió renunciar a mi tiempo para no perder el suyo.

Levanté la mirada. Vera esperaba que contestara a una pregunta. Le pedí que la repitiera. Lo hizo con paciencia.

Todavía estaba aprendiendo a volver a las conversaciones donde mi presencia no resultaba una molestia.

Una mesa para una

Un año después de irme, diseñé una portada con flores rojas sobre papel claro. La clienta quería algo orgánico, hermoso y un poco triste. Mientras movía un pétalo, pensé que me habría gustado mostrársela a Jack.

El deseo apareció y pasó. No tuve que regañarme por sentirlo. Durante mucho tiempo él había sido la primera persona a la que quería contarle mis cosas. Una costumbre tan honda no desaparecía porque yo hubiera entendido la historia.

Terminé el archivo y salí a almorzar. En un café pequeño pedí una mesa para una. La frase salió sin vergüenza. Saqué un cuaderno, anoté una idea y comí antes de que se enfriara la comida.

Había ido a algunas citas durante ese año. Ninguna necesitaba convertirse en el final que explicara mi relación con Jack. Me gustaba conocer personas y también quería aprender a reconocer cuándo estaba tranquila, cuándo podía hablar y cuándo empezaba otra vez a reducirme.

No tenía una garantía. Tenía memoria, amigas, trabajo y una voz que estaba recuperando. Había aprendido a usarla antes de llegar al llanto, y a escuchar las respuestas sin traducirlas siempre a favor de la esperanza.

Al regresar encontré un correo de la clienta. Le había gustado la portada. Preparé café en la taza azul y mandé una foto a Vera. Ella respondió que brindaríamos el viernes.

Abrí la ventana. Dejé el teléfono sobre la mesa y seguí trabajando. Afuera pasaban buses, alguien hablaba por teléfono y la tarde empezaba a cambiar de luz.

El café se enfrió un poco mientras dibujaba. Esta vez no fue porque estuviera esperando.

Una ficción que escucha

Para construir la experiencia emocional de Clara se consultaron testimonios públicos en los que sus autoras describen cambios en el afecto, la confusión ante esos cambios y el desgaste de conversar sobre necesidades que siguen sin atenderse.

Se tomaron esos motivos generales como punto de partida para una ficción nueva. No se copiaron escenas, diálogos ni biografías. Las publicaciones son relatos de sus autoras; su veracidad no se comprobó de forma independiente y no representan a todas las parejas.

La lectura de las actualizaciones también mostró matices: hablar menos por teléfono puede coexistir con cercanía y cuidado en persona. Por eso la novela distingue un cambio de intensidad del patrón de soledad y falta de respuesta que vive Clara.

Boyfriend shows no emotion!?!?!?

LoveShack · 7 de noviembre de 2009 · Abrir testimonio

Running out of patience

LoveShack · 2 de agosto de 2002 · Abrir testimonio

My LDR boyfriend of almost 3 years is becoming less and less affectionate

LoveShack · 12 de julio de 2016 · Abrir testimonio

Consulta: 9 de octubre de 2026. Todos los personajes, lugares privados y sucesos de la novela pertenecen a la ficción.